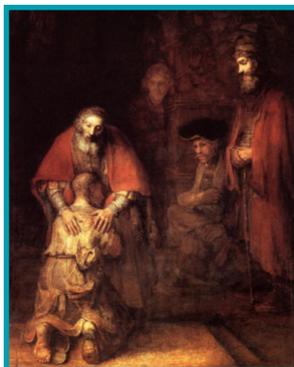


## La misericordia en la educación afectiva y sexual

Nieves González Rico



*Una mirada que aprende de la parábola del hijo pródigo*

La sala está rebotante de padres, que como “primeros y fundamentales educadores de los hijos”<sup>1</sup> escuchan atentos la presentación de los talleres de educación afectiva y sexual que van a desarrollarse en su colegio con los alumnos de secundaria y bachillerato. Serán impartidos por la Fundación Desarrollo y Persona entidad codirectora del *Proyecto Aprendamos a Amar*<sup>2</sup> y a través de sesiones amenas, actividades y, sobre todo, un diálogo que permita responder a sus preguntas, se planteará a la libertad del joven un camino que le facilite ir descubriendo en la propia vida la grandeza de la sexualidad que Juan Pablo II resume bellamente: “La sexualidad es una riqueza de toda la persona —cuerpo, sentimiento y espíritu— y manifiesta su

significado íntimo al llevar a la persona hacia el don de sí misma en el amor”<sup>3</sup>.

Cuando un padre o una madre antes de acostarse contemplan a su hijo dormir desean que sea amado, querido bien. Desean que su vida se cumpla, que sea feliz. La educación afectiva y sexual debe mirar al niño y al joven en su valor infinito. Es único, es irreplicable y, a lo largo de las distintas edades y en conjunción con otros procesos de maduración, puede ir adquiriendo un principio de responsabilidad sobre el desarrollo personal y la propia vida. En definitiva, se trata de ayudar a los niños y niñas y a los jóvenes a situarse en el mundo en tanto que hombre o mujer, necesitado de amar y ser amado. En esto no hay diferencias entre el niño español y el inmigrante, el alumno matriculado en un centro de ideario católico o en uno estatal, el alumno más inteligente y el que tiene necesidades educativas especiales. Todos tenemos el mismo corazón y podemos desde ahí comenzar un camino; eso sí, hace falta una pedagogía adecuada.

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, San Pablo, Madrid 1981, n.º 36, p. 65.

<sup>2</sup> N. GONZÁLEZ RICO, T. MARTÍN NAVARRO y otros, “*Aprendamos A Amar*”. *Proyecto de educación afectivo sexual*, Ediciones Encuentro, Madrid 2007.

N. GONZÁLEZ RICO, T. MARTÍN NAVARRO y otros, “*Aprendamos A Amar*”. *Proyecto de educación afectivo sexual para jóvenes de 15 a 18 años*, Editorial CEPE, Madrid 2010.

<sup>3</sup> JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, San Pablo, Madrid 1981, n.º 37 p. 67.

Comienza posteriormente un animado coloquio. Los padres van formulando con sencillez sus dudas, preocupaciones y luchas de cada día sobre todo cuando los hijos llegan a la adolescencia. Se ha creado un clima de confianza que permite, en un momento dado, que un padre plantee la siguiente cuestión: “Deseo felicitarle por la conferencia que acabamos de escuchar y decirle que agradezco y comparto plenamente su planteamiento, pero no puedo evitar que surja en mí una pregunta. ¿Usted cree, de verdad, que es posible hoy día con el ambiente que rodea a nuestros hijos hacerles la propuesta que nos ha presentado? ¿No es acaso un ideal bello pero imposible para su vida?”

En la sala se produce un momento de desconcierto seguido de comentarios discretos entre los matrimonios o con los amigos que ocupan las sillas más cercanas. Nadie se queda indiferente, lo que indica la trascendencia de lo que acaba de suceder.

Otro padre se levanta respondiendo al anterior: “Pienso que de cara a la educación de nuestros hijos, lo importante son las certezas que tengamos los padres. Es verdad que hoy los hijos se mueven en un entorno muy distinto al que hemos tenido nosotros en nuestra juventud, pero lo esencial no ha cambiado. Creo que si en casa estamos atentos, se mueven en buenos ambientes, tienen buenos amigos y reciben una formación adecuada, la respuesta a la pregunta es ¡claro que es posible! Pero, si nosotros los padres somos los primeros que dudamos, ¿qué les podemos pedir a ellos?”

De nuevo el movimiento en las sillas expresa adhesiones y desacuerdos con la intervención. Una madre se hace escuchar: “Me parece que las cosas no son tan sencillas como las ha planteado el padre anterior. A ciertas edades creo que el ambiente tiene mucha importancia. Desean llegar tarde como los demás y comienzan las tensiones, sobre todo los fines de semana. Si somos sinceros sabemos que, entre ellos, quién no va a la discoteca, no bebe alcohol o no se enrolla con un chico o una chica le ven un poco raro. Desean ser aceptados y tener amigos y es fácil que cometan errores. Esto es lo que hay y no

es fácil combatir en casa contra ello. ¿Podemos hablarles del valor de la virginidad o del matrimonio? ¿No es acaso más práctico y realista que conozcan bien las medidas de protección de cara a un posible embarazo?”

El debate está servido. El bullicio aumenta de tono y los padres se van posicionando en las dos miradas distintas planteadas ante una misma cuestión. Encuentran en ambas aspectos que comparten y otros de los que no están tan seguros. ¿Qué importancia tiene la familia y qué importancia tiene el factor ambiente? ¿Es verdad que la certeza de los padres es suficiente para transmitir a los hijos el sentido de la vida? ¿No conocemos todos padres que sufren al ver a sus hijos tomar caminos equivocados? ¿No es mejor aceptar las cosas como son y adaptarse “a los tiempos”?

Cuando retomo el micrófono el silencio no se hace esperar.

Volvamos juntos a la cuestión inicial. La pregunta que nos ha provocado plantea si hoy día, teniendo en cuenta el contexto social y cultural en el que todos nosotros estamos inmersos, es posible hacer al corazón del joven una propuesta educativa distinta a la mentalidad común. Una propuesta que se ha reconocido bella, que corresponde a lo que deseamos para nuestros hijos, pero que quizá sea imposible para sus fuerzas y, por tanto, no tenga sentido plantear.

Esta pregunta creo que nace del amor. Nace de la ternura de un corazón adulto que ya ha experimentado y reconoce el propio límite y que sabe, por tanto, que también el hijo es limitado. Nace del corazón de un padre o de una madre que desea encontrar el camino adecuado para acompañar al hijo en verdad, sin tener que disfrazar o pretender esconder la realidad y nos ayuda a todos a preguntarnos con seriedad si somos capaces de ofrecer una propuesta de vida de la que estemos tan ciertos, que se mantendrá firme, tanto en los momentos de alegría como en los inevitables momentos de dificultad que este padre intuye con claridad.

Lo que el corazón desea, lo que el corazón espera existe, es posible. Pero para aprender a amar necesitamos algunas condiciones. De

hecho en las intervenciones ya se han subrayado las dos primeras:

Necesitamos maestros que nos ayuden a descubrir la grandeza a la que somos llamados, maestros que nos presenten incansablemente la belleza de la sexualidad y su llamada al amor, la comunión y la vida y nos enseñen, a través de su experiencia, a comprometernos adecuadamente con la realidad; necesitamos amigos con los que hacer el camino; amigos que no busquen lo más fácil, ni lo más frecuente, sino lo que de verdad hace feliz. Pero necesitamos otro requisito esencial: Ser queridos con misericordia, con un amor que abraza incondicionalmente nuestra pobreza y nuestro límite, que nos dice que no estamos determinados por el error cometido, que como bien nos han recordado es fácil que suceda, que nos devuelve la dignidad perdida y nos anima a emprender cada día de nuevo el camino: El camino de maduración que es la propia vida.

“El significado verdadero y propio de la misericordia en el mundo no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral, físico o material: la misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y extrae el bien de todas las formas de mal existentes en el mundo y en el hombre. Así entendida, constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión. Así entendían también y practicaban la misericordia sus discípulos y seguidores. Ella no cesó nunca de revelarse en sus corazones y en sus acciones, como una prueba singularmente creadora del amor que no se deja “vencer por el mal”, sino que “vence con el bien al mal.”<sup>4</sup>

Por tanto el presente trabajo, quiere responder a la siguiente pregunta: ¿Qué valor tiene la misericordia en la educación afectiva y sexual como factor esencial para configurar el corazón de padres y la vocación al amor de

los hijos? El documento central de estudio es la Carta Encíclica de su San Juan Pablo II *Dives in misericordia*.

En la primera parte contemplamos la figura del Padre en la Parábola del Hijo Pródigo y cómo puede iluminar la tarea educativa de los esposos cuando se enfrentan a situaciones de dificultad en la vida de los hijos.

El hijo pequeño, al igual que el mayor, lo había recibido todo. Vivía el día a día en su familia, con sus carencias y sus riquezas y disfrutaba de un afecto hondo y verdadero pero se fue introduciendo lentamente, sin saber cómo, en otros entornos y un día planteó a su padre abiertamente un desafío:

“Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde”<sup>5</sup>. Y el hijo se marchó. Se “marcho a un país lejano” rechazando de modo drástico, la propuesta de vida que como un legado sagrado le había sido transmitida.

Es un proceso interior muy largo y difícil el que los padres han de realizar ante “la marcha” de un hijo. Un proceso que técnicamente se llama “duelo”<sup>6</sup> y no sucede sin un sufrimiento profundo, un desgarramiento interior que inicialmente se percibe carente de sentido. No es un duelo similar al que viven los padres ante el fallecimiento de un hijo al que pueden enterrar, porque este hijo sale de casa seducido por el príncipe de la mentira que no cumple el deseo de felicidad que promete colmar. El padre sabe que estando aparentemente vivo, va a “morir de hambre”, de ausencia de significado, de verdad, de belleza, de justicia y de falta de amor. Es una certeza terrible. Teniéndolo todo, se “marcha” muy lejos y entre ellos se

<sup>5</sup> Lc.15, 12-13

<sup>6</sup> La Dra. Elisabeth Kübler-Ross (*La Muerte: un Amanecer*, Luciérnaga 2008) menciona las cinco fases de un proceso de duelo:

- 1ª.- Negación, rechazo de la realidad.
- 2ª.- Ira, reconocimiento con rabia, de la realidad.
- 3ª.- Negociación, intento de llegar a un acuerdo con la realidad.
- 4ª.- Depresión, abatimiento ante la realidad.
- 5ª.- Aceptación, reconciliación con la realidad

<sup>4</sup> JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Dives in misericordia*, San Pablo, Madrid 1980, nº 3, pp. 33-34.

abre un abismo que les separa, una distancia que todo su amor de padre no puede superar porque requiere también que se mueva adecuadamente la libertad ahora herida del hijo. Este es el drama, el riesgo<sup>7</sup> de educar.

El misterio del sufrimiento provoca en su corazón un proceso que atravesará varias fases. Primeramente, intentará defenderse negando la realidad (“Lo que está sucediendo no es posible”), para experimentar, posteriormente, una ira que no sabe cómo integrar (ira hacia el hijo, los amigos, el cónyuge, hacia Dios y hacia uno mismo); deseará negociar ofreciendo su propia vida para salvar al hijo y ya, dobladas las rodillas y asumido el propio límite, podrá por fin llorar y vivir la fase de profunda tristeza hasta llegar a la aceptación y reconocer conmovido que precisa de la ayuda de Otro para poder vivir en verdad la relación con un hijo que no le pertenece. El hijo, precisamente ese hijo que tanto le hará sufrir, será para el padre ocasión de conversión al reconocer agradecido, quizá por primera vez a nivel existencia, como él mismo es hijo amado por el Padre.

¡Cuántas veces había oído hablar del misterio de la Encarnación! Ese misterio desbordante que en el fondo quedaba ajeno a su existencia cotidiana. Pero como a un ciego que se le abren los ojos, acierta a aproximarse desde su limitada humanidad y a comprender que si él está dispuesto a entregarse para salvar a su hijo, Dios Padre se le ha adelantado. Sufre intensamente ante una vida que ha pensado y amado desde siempre y para siempre, que ha creado a imagen y semejanza de Su ser

---

<sup>7</sup> En el proceso educativo, el joven al crecer está llamado a afrontar cada vez más el ambiente que le rodea tomando sus propias decisiones. Si no recibe de su educadores una propuesta clara de vida y una compañía adecuada quedará esclavo de sus impulsos, pero, a su vez, si la educación se concibe como una separación del mundo para evitarle posibles errores, se le incapacitará para lograr una personalidad fuerte, madura y capaz de construir en verdad la grandeza de la libertad con la que ha sido creado. Es el adulto, que encarna para el joven la autoridad, el que permaneciendo coherente le posibilita siempre poder volver, aprender de la experiencia y afrontar de nuevo la realidad. Este amor a la libertad hasta el riesgo, ha sido profundamente desarrollado en L. GIUSSANI, *Educación es un riesgo*, Ediciones Encuentro, Madrid 2006, p.94 y ss.

Trinidad para poder amar y ser fecunda y a la que ha inscrito en su corporeidad la vocación al amor que encuentra en Cristo su plenitud. Ahora esta vida puede perderse. Por eso está dispuesto a entregarse entregando lo más querido: su propio Hijo. ¡Qué inconmensurable amor! No parece posible para un hombre aceptar esta desproporción: ¡entregar al Hijo! Encarnación y Redención, pesebre y Cruz, pobreza y sufrimiento; el padre se sobrecoge: es Cristo el que ya entrega su vida en la cruz por amor cada día, para que la vida de su hijo se pueda cumplir en plenitud. Para salvarle. Para redimirle.

Él, como padre, es también creado y redimido y es en el encuentro personal con el corazón de Cristo, en el encuentro con un amor indestructible y fiel, donde podrá encontrar la fuente de la que brota como manantial que nunca cesa, la gracia necesaria para vivir la relación esponsal y en ella la paternidad. Ser hijo, para poder ser esposo y padre. Es la realidad del sufrimiento y del límite la que llevará a este padre a descubrir el lado más hermoso de la paternidad. Es precisamente cuando el hijo sufre o se equivoca cuando el amor del padre será llamado a mostrar su verdadero rostro, reflejo pobre pero real del amor de Dios: misericordia y sólo poniendo la confianza en el Señor podrá andar el camino que se le pide. Esa era la lección fundamental que no debía olvidar: “Es tuyo Señor, ayúdanos en la tarea que nos encomiendas”.

Y un día, el padre le ve volver a lo lejos. El chico estaba todavía en el camino cuando el padre salió literalmente corriendo. El *encuentro*<sup>8</sup>, ese momento largamente deseado

---

<sup>8</sup> Luigi Giussani, fundador del movimiento Comunion y Liberación ha profundizado a lo largo de su vida como el acontecimiento cristiano tiene la forma de un «encuentro», de un encuentro humano que acontece en la realidad, que se sitúa ante los ojos, puede ser aferrado por los brazos y toca el corazón. El encuentro es toparse con una realidad sagrada, que dentro de la precariedad de un rostro humano es signo visible de la presencia de Cristo, de Dios-hecho-hombre. Cuando la persona descubre una mirada, una acogida, una gratuidad y un abrazo tan humano que corresponde profundamente a la espera de su corazón, se deja aferrar y en el amor comenzará a caminar de modo nuevo. Para profundizar el «encuentro». Véase, *Crear*

y suplicado, se da en la intimidad. Estaban en el camino, solos, el uno frente al otro. El joven repitiendo las palabras preparadas para evitar un posible rechazo y el padre conmovido por su presencia. El hijo le dijo: "Padre, pequé contra el cielo y contra ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo.". El padre le escuchaba atentamente, no porque necesitase estas palabras sino porque era el chico el que precisaba expresarlas y en ellas reconocer ante sí mismo el error cometido<sup>9</sup>. Podían caminar juntos hasta la casa, acompañarse, hablar y escuchar desde la verdad. Al llegar, no le hizo entrar por la puerta de atrás discretamente, sino que mostró a todos la alegría de su vuelta.

El hijo esperaba un trato justo por parte de su padre y lo que encontró fue una mirada sobre su vida que le revalorizaba. ¿Cómo se sentía en medio de lo que sucedía? Era inteligente y percibía, por tanto, que algo extraordinario, no calculado se le había regalado: el don del perdón y el amor transformado en misericordia que supera la norma precisa de la justicia.

¿Cómo educar en el amor sin hacerlo carne?  
 ¿Cómo educar en la fidelidad sin experimentarla?  
 ¿Cómo perdonar sin saberse antes perdonado?  
 ¿Cómo entregar un abrazo verdadero sin saberse cada día abrazado incondicionalmente?  
 ¿Cómo aprender lo que es la ternura sin derramar lágrimas de agradecimiento ante una mirada buena que corrige ayudando a caminar de nuevo?  
 ¿Cómo ser esposo sin vivir la profunda experiencia de ser hijo?  
 ¿Cómo ser padre sin recibir cada día conmovido el amor misericordioso de Cristo?

Porque la misericordia es Cristo. Cristo sube a la cruz llevando sobre sí todo el mal que hiere a la humanidad; el mal que escandaliza,

que destroza, que hace al hombre tomar conciencia de su pequeñez, que parece imperdonable e irresoluble. Cristo obediente, carga con un peso imposible de soportar y con él sube a la cruz dispuesto a morir.

¿Cómo pudo el Padre hacer a su Hijo "pecado por nosotros"<sup>10</sup>? ¿Qué inmenso amor habita en su corazón y le vincula con el hombre, con cada hombre, para desear de tal modo que participe de su misma vida? Es un amor más fuerte que toda clase de mal y más fuerte que la muerte. Es un amor vencedor, que contiene un anuncio que sobrepasa lo que el corazón anhela: ¡Ha resucitado!

Ya no es preciso llorar, porque el pasado ha sido vencido y puede nacer una nueva forma de memoria: "¡He visto al Señor!". No es preciso intentar olvidar para caminar con determinación hacia el futuro, porque es importante saber custodiar una verdadera memoria que sana los recuerdos, poder mirar con ojos nuevos la propia historia y aprender a vivir. Aprender a vivir con una memoria nueva que recuerda la Pascua y que regala un modo de mirarse a uno mismo con una paz y un gozo antes desconocido.

Los padres, colaboradores de Dios en el Don de la Creación, han de reconocer cada día la importancia de la misericordia en la tarea educativa. Los hijos, en mayor o menor medida, harán la experiencia del pecado y el dolor que conlleva y precisarán encontrar en ellos colaboradores del Don de la Redención. Será a través de su humanidad sencilla pero indispensable donde el hijo conocerá conmovido la experiencia del perdón, descubrirá el inmenso regalo de poder "volver a casa" y recuperará su filiación y, en ella, su dignidad comenzando a caminar de forma nueva. Los hijos, siendo amados así, aprenderán a amar.

En la segunda parte de aplicaciones pastorales vemos cómo esta mirada es un factor esencial de la tarea educativa y dentro de ella, de la educación afectiva y sexual entendida como educación para el amor. Esta tarea no está llamada a nacer de una acción

*huellas en la historia del mundo*, de L. GIUSSANI, ALBERTO y J. PRADES, Editorial Encuentro, Madrid 1999, pp. 31ss.

<sup>9</sup> El daño cometido para ser reconocido debe ser confesado *ante* otro. Es en esta confesión en la que la persona se da cuenta del mal que ha hecho, lo juzga y asume. Al reconocer la culpabilidad y solicitar el perdón comienza un camino de liberación y nace el puente entre la ofensa y el perdón. J. LAFFITTE. *El perdón trasfigurado*, Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid 1999, p. 54 y ss.

<sup>10</sup> 2 Cor 5, 21.

que tiene en su origen la pretensión equivocada de cambiar el mundo en el que vivimos. Pretensión equivocada por inútil. La acción, y con ella todas las iniciativas que se describen, trabajo con padres, profesores, catequistas y jóvenes, está llamada a nacer de un corazón agradecido que rebosa alegría por el encuentro personal con Cristo. Lo que el mundo necesita es testigos de esta alegría, que lleven en su mirada la misma Mirada que a ellos mismos les ha aferrado, que les permite quererse a sí mismos con ternura y anunciar incansablemente un modo más bello y verdadero de vivir.

En esta tarea los padres son los “primeros y fundamentales educadores de los hijos”<sup>11</sup>, pero “la genialidad educativa de la familia se revela en la elección de los colaboradores para la obra de educar a los hijos”<sup>12</sup>, adultos que, en profunda unidad con los padres, les ayuden, en una relación discreta, en la transmisión de la belleza de la tradición recibida; adultos que se encuentran en sus ambientes (parroquia, escuela, momentos de ocio compartido) y que, sobre todo, al llegar la adolescencia y juventud acompañan al joven a juzgar la experiencia que vive respetando la sana distancia que precisa con sus progenitores; adultos en los que los padres pueden apoyarse, confiar y ante todo experimentar agradecimiento; adultos a los que el joven quiere, que respetan su intimidad y les reconoce una sana autoridad.

“La familia es la primera, pero no la única y exclusiva, comunidad educadora [...] esto implica una nueva forma de colaboración entre los padres y las comunidades cristianas, entre los diversos grupos educativos y los pastores.”<sup>13</sup>

Si esta iluminadora afirmación de Juan Pablo II se refiere a la educación, abarca también la dimensión afectiva y sexual. Pretender acotar esta área como responsabilidad exclusiva de

los padres en la que nadie debe interferir es una posición a la que le cuesta reconocer el carácter integral de la dimensión formativa y la importancia, esencial para el adolescente, de ir comprendiendo la íntima conexión que todo tiene en el interior del corazón humano y, por tanto, en su propio corazón.

Para hacer educación afectiva y sexual se precisa estar atentos y a la escucha. El encuentro con los jóvenes y sus educadores no viene definido por el temario propuesto y expuesto magistralmente por el profesor. Es cierto que se da una transmisión de contenidos formativos, que han de ser técnicamente adecuados, rigurosos a nivel científico, pedagógicamente preparados y que faciliten a los asistentes la posibilidad de aprender, reflexionar y posteriormente actuar. Pero los contenidos pueden ser conocidos a través de las publicaciones que permiten, con una lectura atenta, profundizar en ellos. La tarea educativa viene definida por el encuentro de la persona del profesor con sus alumnos. Es siempre un acontecimiento único e irrepetible porque único e irrepetible, es el momento vital de todos los presentes y es preciso en este encuentro estar dispuesto a hablar de corazón a corazón, de necesidad a necesidad y de deseo a deseo. El profesor, además de exponer, está llamado a estar atento y a la escucha. Es su mirada, llena de dulzura, la que puede atisbar en el rostro de los presentes lo que entienden y comparten o lo que les incomoda y hace sufrir de sus palabras. Y llega el coloquio. El coloquio que nos saca del guión y arriesga en el confrontar las experiencias de vida. El coloquio en el que el profesor puede situarse a la defensiva amparado en su saber o abrirse a lo inesperado sabiendo que lo importante no es llegar a concluir, en caso de desacuerdo, quién tiene la razón, sino encontramos juntos en el deseo de cómo vivir y ayudar a vivir. Es preciso implorar una gran sencillez de corazón para reconocer el atisbo de verdad que siempre puede ser recuperado en una intervención: “valoradlo todo y quedaros con lo bueno”<sup>14</sup>.

<sup>11</sup> JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, San Pablo, Madrid 1981, n.º 36, p. 65.

<sup>12</sup> L. GIUSSANI, *Educación es un riesgo*, Ediciones Encuentro. Madrid 2006, p.74.

<sup>13</sup> JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, San Pablo, Madrid 1981, n.º 40 p. 71-72.

<sup>14</sup> *1 Ts, 5, 21*

¿Qué puede ser recuperado de lo que se ha dicho para ayudarnos a entender y caminar?

Padres, profesores y catequistas acompañando al joven en unidad, adultos reconciliados con su límite, humildes, capaces de comprender hasta el fondo, de iluminar un camino que deberá recorrer dificultades y obstáculos, prudentes, perseverantes y valientes, honestos, agradecidos y tiernos, mansos de corazón y, sobre todo misericordiosos; adultos comprometidos que entienden que la educación

afectiva y sexual deberá estar atravesada por la alegría de la noche de Pascua —“¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!”—, sin hacer planteamientos reduccionistas o voluntaristas. Como bien anunciaba Mons. Munilla, la emergencia afectiva que padece esta generación, nos ofrece una oportunidad única para recordar a todos los jóvenes que “¡El corazón no es de quien lo rompe, sino de quien lo repara! Es decir, el corazón del joven, es del Corazón de Cristo”.<sup>15</sup> ■

---

### La tesina completa ha sido publicada en:

N. González Rico, La misericordia en la educación afectiva y sexual. Aprendamos a Amar (CEPE, Madrid 2015).

---

<sup>15</sup> J.I. MUNILLA, La evangelización de los jóvenes ante la emergencia afectiva, Primer Congreso de Pastoral Juvenil, Valencia 3 de noviembre de 2012.